

EL VIAJE

EL VIAJE

Ida Fink

Traducción de Elżbieta Bortkiewicz

BÁLTICA **editorial**

Título original: *Podróż*

© Ida Fink, 1990

First published under the original Polish language title *Podróż*
by Aneks Publishers, London 1990

© de la traducción: Elżbieta Bortkiewicz

© de esta edición: Báltica Editorial, 2019

© de la cubierta: Fernando Ampudia

Foto de la cubierta procedente de la colección privada de la autora

Diseño y maquetación: Prema Served, www.premaserved.com

Impresión: Estugraf Impresores S.L.

Pol. Ind. Los Huertecillos, C/Pino nº5, 28350 Ciempozuelos, Madrid

ISBN: 978-84-947227-6-9

DL: M-26785-2019

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopias o escanear algún fragmento de esta obra.

Para Miri y Helena

I

Se detuvo en la ventana y pensó: ojalá caiga una estrella. Era supersticiosa, todos lo eran por aquel entonces, cada uno de una forma muy personal, solo por él conocida. Poseía un bagaje considerable de tabúes propios, aunque entre ellos no había estrellas fugaces. Era una creencia demasiado romántica, demasiado difícil de cumplir. Sin embargo, ese atardecer pensó: ojalá caiga una estrella. Aunque era otoño tardío y, como es sabido, las estrellas solo caen en verano. Pese a todo observaba obstinadamente el cielo; durante un instante vio un destello en el horizonte que se apagó inmediatamente. Debía de haber sido alguien que, descuidadamente, había encendido la luz de la casa sin antes correr las cortinas. Aquel relámpago en la oscuridad no había sido la estrella esperada, pero pudo haberlo sido, por eso lo tomó por una buena señal.

En la maleta dispuesta para el viaje se hallaba la herradura, más exactamente solo su mitad, lo cual —según se creía— invalidaba la eficacia de su actuación. Eso no le importó. Encontró la herradura rota en el preciso momento en el que su padre le mostraba el camino hacia la cabaña de un campesino donde iba a pasar la noche al lado de su hermana. Esto fue suficiente. Creyó en la media herradura y la estrella imaginada.

Aquel otoño maduro reinaba en el gueto un silencio mortal. Las estrechas y empinadas callejuelas de la parte más humilde de la ciudad, cubiertas de adoquines, permanecían vacías de día y solo al anochecer resonaban con los pasos cansinos de aquellos

que volvían del trabajo en las canteras. El número de quienes retornaban a pasar la noche disminuía bruscamente y todos eran conscientes de que el próximo transporte —una caravana de camiones que saldría de la plaza delante de los baños municipales— sería el más pequeño y, a la vez, el último. Era ya tarde, era necesario apresurarse. Podemos decir que los papeles llegaron en el último momento cuando, tras meses de espera, ya habían perdido la esperanza de recibirlos.

Por la noche ellas y el padre se escabulleron del gueto. Esperaron en la callejuela próxima al monasterio que dividía la ciudad en dos mundos. Los fornidos troncos de los castaños les servían de protección. La persona de confianza que había traído los papeles les entregó una Kennkarte [tarjeta de identidad] y dos partidas de nacimiento nuevecitas que olían a tinta fresca. «¿Y la otra Kennkarte? ¿Para la hija menor?», preguntó el padre. La persona de confianza explicó que en la foto de Elżbieta no se veía la oreja izquierda, tal y como exigían las autoridades, y que eso había decidido la suerte del documento que, sin la evidencia del órgano auditivo izquierdo, solo despertaría sospechas. «Es mejor no tener la Kennkarte que falsificarla de forma chapucera», añadió. Eso tal vez fuese razonable, pero resultaba inquietante. El pelo de Elżbieta era oscuro y su tez morena. Antes decían que parecía italiana.

No sabían qué decirle a aquella persona de confianza que, además, afirmaba que conseguir los documentos había costado no solamente gran cantidad de dinero y tiempo, sino también hacer frente a muchas dificultades y mucho valor, y que había que estar contentos con lo logrado.

En el monasterio dobló la campana invitando a la oración de la noche. Esa campana fina, argéntea les era muy familiar. La oían antaño cada noche en su casa del río que estaba cerca del callejón del monasterio. Ahora el espacio que los separaba de la antigua casa, del río y del jardín, parecía enorme.

Sabían también que, después de la campanada, sonaría el órgano.

—Qué le vamos a hacer —dijo el padre—. Pero tampoco estas partidas de nacimiento... Demasiado nuevas, poco auténticas... ¿Cree usted que les servirán de algo?

—Sí, doctor —replicó la persona de confianza—, las partidas de nacimiento no son para enseñarlas. Si necesitan hacerlo, eso querrá decir que las cosas ya están muy mal.

El padre no respondió: sacó del bolsillo un sobre con dinero. En el monasterio sonaba ya el órgano. La persona de confianza se santiguó, dibujó el signo de la cruz en la frente de ambas muchachas, extrajo de su bolso dos imágenes de hojalata de la Virgen y se las colgó del cuello.

Entonces ninguno de nosotros pensaba en el viaje y, sin embargo, el instante de su verdadero comienzo va asociado al traqueteo de las ruedas del tren y al silbido de la locomotora surcando la quietud de la noche. Hasta hacía poco, nadie entre nosotros sabía que las voces de la estación del ferrocarril, distante tres kilómetros, se oían tan nítidamente en la ciudad, ya que los trenes solían llegar y partir de día. Los nuevos tiempos trajeron partidas nocturnas, no incluidas en ningún directorio de viajes, y el silencio de la noche hizo resaltar aquellos silbidos y el sordo traqueteo, casi subterráneo, de las ruedas.

En cada ocasión, esperábamos la señal en el porche de la casa. Ocurrió por primera vez a principios de primavera; nosotros permanecíamos inmóviles entre el balbuceo estrepitoso de las crecidas aguas —precisamente aquella noche rompieron los hielos del río— con los abrigos empapados de haber estado echados sobre la tierra; no nos atrevíamos a entrar en casa, sentarnos a la mesa, acostarnos en la cama, volver a los quehaceres de cada día. Entonces, repentinamente, nos sorprendió el silbido.

Escuchamos en silencio cómo se iba debilitando, acallando, y cómo junto a él se apaciguaba el fragor de la tierra. Cuando

retornó el silencio supimos ya que el tren había tomado velocidad y se había sumido en el bosque. Aquella noche se llevaron a los ancianos, los enfermos y los inválidos.

Después, ya conscientemente, en el porche, esperábamos el pitido y las vibraciones que venían por el lado del río, que ya no se oía; tanto en primavera tardía como después en pleno verano, el río fluía pausado y callado. Solo se escuchaba el croar de las ranas y el susurro de los olmos en la orilla.

A finales de verano estuvimos allí por última vez. En el cenador de las lilas, las puertas del palomar golpeaban movidas por el viento y la escalera blanca que la tía había olvidado guardar en el interior, o al menos tirar al suelo, permanecía apoyada contra la pared. Acurrucados en el escondite oíamos los estridentes «*raus*» [fuera] y «*loos*» [en marcha], y pasos pesados, ruidosos y, entre ellos, el trote diminuto de la tía Sabina y de su hija Berta. Se las llevaron al amanecer. ¿Por qué, al correr detrás de nosotras, giraron súbitamente hacia el cenador de las lilas con su palomar sin palomas oculto en su vientre liliáceo? Nadie responderá a esta pregunta. Tampoco sé por qué no seguí a Natan a la Ostbahn; cogí la pala —mi útil de trabajo— para arrojarla inmediatamente a un rincón y en vez de dirigirme a la Ostbahn corrí hacia el cuchitril, aunque sabía que lo era solo de nombre, no tenía puertas y estaba abierto para cualquiera; era, pues, un hueco totalmente inadecuado como escondrijo. En mi huida vi al tío arrastrando un manzano medio seco del jardín y observé cómo con este esqueleto de árbol tapaba el hueco de la puerta. Antes de arrastrarme hacia el interior miré hacia atrás: el jardín envuelto en luces y sombras, húmedo de rocío, todo reluciente.

Esta vez rodearon la ciudad por sorpresa, utilizando una técnica de asedio diferente a la acostumbrada; entraron por los campos, los pastizales y los jardines, astutamente, por sorpresa, cortando de este modo los caminos de salvación hacia el campo y el bosque.

El padre contaba después que le había despertado el ladrido del perro, así que se levantó y se acercó a la ventana. El perro estaba delante de su casita con la cabeza erguida y emitía ladridos cortos y alarmantes.

El paisaje, detrás de la ventana, permanecía silencioso y tranquilo, el mismo de siempre: un patio plano, sin misterios, iluminado con el primer sol; más abajo, el frutal aún sumido en la sombra profunda y, encima del frutal, la empinada ladera de la colina del castillo. El perro dejó de ladrar, se metió en su casita y ya nada perturbó el silencio, pero mi padre no se movió, permanecía como clavado; contaba después que la inquietud crecía en él violentamente, aparentemente sin razón; decía que temía apartarse de la ventana para no perder el instante en que se desvelara la causa de su inquietud, recorría con la mirada el paisaje buscando algo. Era la hora del primer trino de los pájaros, el cielo adquirió un tono rosado. Tras verificar el patio descendió la mirada entre los árboles frutales, que seguían inmóviles entre la alta hierba, como pintados; ningún aviso, ninguna señal, nada... Quizá solo —contaba— la rama torcida del guindo junto al sendero, quizá únicamente ella... Porque pensó de repente que asemejaba un brazo que impedía el paso de los intrusos. Pero jamás fue así. Después, por el caminito entre las grosellas, alcanzó la orilla del río y saltó con la mirada hacia arriba, hacia la colina del castillo, y vio que estaba sembrada de enormes hormigas en movimiento. Era la hilera del Einsatzkommando que se deslizaba por la empinada ladera hacia el río y los jardines. Entonces su grito nos despertó a todos.

Se acercaron sin el menor murmullo, la hierba amortiguaba sus pasos. Solo cuando irrumpieron en el patio resonaron sobre la dura piedra y, después, en la escalera del porche; más tarde se aplacaron. Surgieron desde el interior de la casa dos breves alaridos, el estrépito de los cristales rotos y un portazo; creíamos que, tras haber registrado la casa, se irían; pero no, sus pasos retorna-

ron al patio, sus voces ordenaron a Agafia abrir las leñeras y los cobertizos; se acercaban hacia nosotros, protegidos por un árbol casi seco y, cuando se adentraron en el último hueco, ya los teníamos sobre nuestras cabezas; habría bastado una mirada a ese suelo, hecho de tablas de madera torpemente unidas, para vernos sentados sobre la paja.

Uno de ellos saltó desde un alto escalón y se detuvo ante el manzano semiseco, otro preguntó: «*Was ist denn dort?* ¿Qué pasa ahí?», y entonces apareció entre las ramas del árbol una mano blanca y estrecha y un trozo del brazo vestido de uniforme. La tía Stefania acercó el dedo a los labios como si temiera que alguno de nosotros dejara escapar un grito, y así lo mantuvo aún mucho tiempo después de que se hubieran ido. Al partir, se fijaron en la escalera apoyada en el palomar.

Aún desconocíamos el sino de Natan, creíamos que estaba trabajando a buen recaudo en la construcción de la vía del ferrocarril, pero al mediodía llegó Agafia e inclinada sobre la rendija del suelo nos lo dijo. Apenas había logrado cruzar nuestra silenciosa callejuela. Fue sorprendido de manera apacible, con palabras suaves, *komm, komm, du Kleiner*, [ven, ven pequeño] dijo el ss saliendo de la esquina de la casa, y Agafia, que no sabía alemán, lo repetía claramente, *komm, komm, du Kleiner*, tal como se lo había relatado un testigo ocular en el momento de la detención.

No había noticias sobre el padre. Se enfundó con gesto brusco el brazalete con la palabra *Arzt* [médico] y salió de casa por última vez al amanecer; exclamó que iba al ambulatorio; tenía el rostro crispado: no había miedo en él, tan solo ira.

El tiempo transcurría en medio de un gran silencio, sin pasos, sin voces, salvo cuando se oía la ahogada voz de Agafia atravesando la hendidura, informándonos de lo que acontecía en la ciudad. Sus informaciones solo se referían a la dimensión de los sucesos y esta vez, ella, que con tanto placer salpicaba cada noticia con detalles, se limitó a dos palabras, como si lo que había visto

u oído hubiera aniquilado su habilidad narrativa. «Una multitud» susurraba en la rendija y se alejaba para volver una hora más tarde y repetir las mismas palabras.

Así, el día de la *Aktion*¹ más larga y terrible transcurría en silencio. Solo una vez, al anochecer, nos llegó la voz de la vecina llamando a su hermano: «Wojciech, ¿dónde te metes?» y, en respuesta, la voz de Wojciech desde muy lejos, desde el río: «Enseguida... Ahora voy...»; a buen seguro yacía debajo del álamo como solíamos hacer en el pasado. Solo esas dos voces.

Creíamos que, después del ocaso, Agafia nos dejaría salir del cuchitril, pero no lo hizo; la *Aktion*, comenzada al amanecer, continuaba aún. Era ya de noche cuando abandonamos el refugio. El patio, por la mañana blanco de sol naciente, ahora lo estaba por la luna. En el porche esperaba el padre con el rostro agitado, furioso. Después, hacia la mitad de la noche, contaría cómo había sobrevivido. Cómo lo habían capturado y cómo escapó. Cómo la mujer de un amigo, apoyando los brazos sobre el marco de la puerta de ese modo tan significativo que no necesita palabras, le impidió la entrada. Cómo una pareja de viejecitos que eran pacientes suyos lo ocultó en su desván. Todo esto lo contaría por la noche.

Permanecemos en el porche. La calle resuena con el paso jadeante de aquellos que se salvaron, pero los pasos de quienes corren no se detienen ante nuestra casa. Lo sabemos: no volverán la tía Sabina ni su hija Berta, no volverá el primo Natan. No los esperamos, solo nos quedará de ellos la última señal que nos enviarán, el silbido y el traqueteo que dentro de unos instantes resonará en la oscuridad. «Una multitud», repite Agafia, y reza una letanía de nombres.

Muy entrada la noche, padre entró en nuestro cuarto; estábamos acostadas sobre las camas hechas, con la ropa de calle puesta.

1 Eufemismo empleado por los alemanes para referirse a las deportaciones de judíos.

La noche era ventosa; detrás de la ventana, en el cenador de las lilas, golpeaban las puertas del palomar.

—Niñas —dijo—, tenemos que escapar. Rápidamente.

En más de una ocasión habíamos hablado de escapar, pero solo eran palabras.

Esta vez —lo noté claramente— la decisión había sido tomada.
